

GONZÁLEZ MÁRQUEZ, F., *Mi idea de Europa*, Ed. RBA Libros S.A., Barcelona, 2010, 253 pp.

Si quisiéramos elaborar un mosaico a la manera en que la historia de Europa se fue representando en los frisos y junto a los *impluvium* de las casas romanas,

buscaríamos las mejores teselas que pudiesen estructurar un legado para la memoria y, de este modo, compensar a las generaciones venideras en no haber esta-

do allí. Con similar intención cuando un autor realiza el esfuerzo de recopilar sus mejores intervenciones sobre un tema que le preocupa, como el artesano de antaño, estará rememorando vivencias de hogaño con la voluntad de perpetuar lo que fue y, sobre lo que deberá apoyarse, lo que será.

De tal modo, el autor de esta obra, Felipe González Márquez —con aquilatada experiencia política y conocedor de la urdimbre que se hace necesaria si deseamos generar un tejido intelectual que ayude a la ciudadanía europea a entender la esencia de esto que se ha dado en llamar «*la idea de Europa*»—, la estructura como un mosaico de variadas intervenciones orales, debates y reflexiones que agrupa como teselas de un mosaico que nos permite visualizar, como europeos, de dónde venimos y hacia dónde vamos.

La obra se organiza en tres grandes apartados, más una Introducción, en donde se plantea la «Crisis y el futuro» de la Unión Europea (p. 9) y un Epílogo, en el que nos ofrece una «Propuesta para Europa» (p. 235). Por lo que respecta a los tres grandes apartados que conforman su desarrollo, el primero, analiza el concepto de un «Espacio Común Compartido», en las que aborda los siguientes epígrafes: Cómo construir Europa, Ante el Foro Económico Europeo, Unión Europea: unión de pueblos, De Niza a Berlín (pp. 23-92). En el segundo, «Liderazgo, identidad y retos», se analizan temas como: Liderazgo y gobernanza, Problemas de identidad, Europa: ¿museo o laboratorio?, Algunos desafíos de la Unión, Economía y globalización, Revolución tecnológica y educación, Ciudadanía europea (pp-93-195). Finalmente, en el tercero, «Europa y el mundo», se tienen en cuenta cuestiones sobre: Política exterior,

Europa y América Latina, Europa, Israel y el mundo islámico, Europa y África (pp. 197-234). De tal manera que el mosaico, tal como apuntábamos con sus diferentes teselas, nos ofrece una visión global de los principales debates que preocupan y afectan a la Unión Europea; a lo que se agrega una detallada referencia sobre los «Documentos de base para la elaboración de libro» (pp. 251-253) en la que se pormenorizan los documentos utilizados para cada epígrafe.

La idea de Europa, como toda reflexión conceptual encierra claroscuros donde resulta, a veces, complejo poder desentrañar su alcance, pues como se pregunta el autor, se trata de «¿un museo o de un laboratorio?» (p. 129). Es ante este dilema donde debemos situar nuestras futuras perspectivas, pues, como bien se señala en la obra, «Europa fue un gran modelo que nació de un amplio consenso social, y de una moral de reconstrucción y de superación de los males de la guerra. Ese modelo que ha funcionado durante varias décadas, ha dejado de hacerle y se está convirtiendo en una carga insuperable porque no sabemos redefinirlo para que sea útil en el siglo XXI» (p. 132). Europa, es una historia de contrastes.

Edgar Morin, en este sentido, se muestra categórico, «si Europa es el derecho, también es la fuerza; si es la democracia, también es la opresión, si es la espiritualidad, también es la materialidad; si es la medida, también es el hubris, la desmesura; si es la razón, también es el mito...» (*Pensar Europa*, ed. Gedisa, 1988). Podríamos decir que, como sus fronteras, Europa es inestable, pero podríamos admitir, parafraseando las leyes de la física, que se trata de un equilibrio inestable. Es un dilema permanente que se mantiene en esta Europa de encrucijada.

jas, pues como señala George Steiner (*La idea de Europa*, Ed. Siruela, 2005) existe una tendencia escatológica hacia los totalitarismos y las dos últimas guerras mundiales, fueron en realidad guerras civiles europeas y, por tanto, insiste Steiner, Europa «puede purgarse de su propia herencia oscura haciendo frente a esa herencia con perseverancia, (y) tal vez la Europa de Montaigne y Erasmo, de Voltaire y de Immanuel Kant pueda, una vez más, ofrecer orientación».

Europa, nuestra Europa actual, necesita «reinventarse», por eso vienen muy a cuento obras como la que comentamos dado que en Europa «hacen falta liderazgo claro y capacidad de diálogo sostenido» (p. 11), en donde González Márquez analiza el problema con propuestas claras: hay que mejorar el capital humano «como variable estratégica para insertarse en la economía global», debemos mantener la lucha contra el cambio climático, pasando de «una posición común a una estrategia negociadora que nos permita defender nuestros intereses con los demás interlocutores», debemos afrontar el reto demográfico «que nos planteará problemas de sostenibilidad y competitividad a medio plazo», habrá que completar el mercado interior y «ampliarlo a nuevos sectores como la energía, la sociedad digital y otros», habrá que reformar el mercado de trabajo y modernizar las empresas, «para adaptarlas a la realidad tecnológica» (pp. 15-16).

No se trata, pues, de lamentarse ante la colosal crisis que abrumba, no sólo a Europa sino a todo el planeta y, por el contrario, ofrecer salidas coherentes que nos permitan revitalizar el modelo europeo, con sus vivos criterios inspiradores como son la democracia, el estado de derecho, la defensa y garantía de los derechos humanos frente a la enajenación

mental de nacionalismos totalitarios que, por dos veces, ha assolado este continente. De ahí que «construir Europa es generar un espacio público que puedan compartir los ciudadanos europeos de los distintos Estados miembros. Esta construcción entraña una ciudadanía añadida —que en nada merma la ciudadanía nacional— como un intangible de valor extraordinario que proporcionaría un sentimiento de pertenencia al espacio común» (p.25).

No debe pasarnos desapercibido, no obstante, que Europa se encuentra inmersa, como no podía ser de otra manera, dentro del proceso general de la globalización y que como tal, es un fenómeno que la trasunta, de lado a lado, en el marco fronterizo de sus actuales veintisiete Estados. Como se ha indicado, David Held, «la globalización debe ser pensada como un conjunto de procesos que incluyen una transformación de la organización espacial de las relaciones y transacciones sociales que generan flujos y redes de actividad, interacción y ejercicio del poder transcontinentales o interregionales» (Held, D.; McGrew, A.G.; Goldblatt, D.; Perraton, J.: *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*. Ed. Polity Press, Cambridge, 1999), ante lo cual, señala el autor de la obra que comentamos, nos enfrentamos ante un nuevo orden mundial y cabe preguntarse «cómo se gobierna la globalización» e indica que, «cuando propongo repensar Europa, teniendo en cuenta lo hecho y nuestros retos ante la globalización, trato de cambiar el enfoque al que estamos habituados, reordenando nuestras ideas, para no discutir sobre instituciones y burocracia sin tener claro lo que queremos hacer juntos» (pp.69-70).

No olvidemos que, desde sus orígenes, la construcción europea ha estado

acompañada de un *ethos*, un *ethos* de moral comunitaria, pues como señala González Márquez, «se trataba de superar la patología de las dos guerras europeas y mundiales del siglo XX. Era el impulso ético de la paz...» (p. 199). En efecto, la conciencia de un *ethos* continental recorre los circuitos de la *intelligenza* europea buscando «algo más» que no sólo se apoye en una «cultura común» sino, al modo kantiano, en la búsqueda de la *paz perpetua*, pero que parece abortarse en cada uno de sus intentos en una especie de *Geschichtsmüde*, que podríamos traducir como un «cansancio de historia». Donde los europeos malogramos, de manera reiterada, nuestras convicciones de fortalecer la alteridad en un continente de lenguas dispares, pero de voluntad, recurrente y siempre inacabada, de vivir en comunidad; como recuerda Unamuno al pensar en una Europa que son «muchas abejas y un solo vuelo», seguramente inspirado por Marco Aurelio cuando nos apunta que «lo que es bueno para la colmena, es bueno para la abeja» y que Coudenhove-Kalergi puntualiza al insistir que «los Estados europeos tienen más probabilidades de ganar que de perder en una federación». Por ello, en *Mi idea de Europa*, nuestro autor, insiste en que «lo lógico es que Europa hable con una sola voz, en el G20, en política exterior, en política monetaria...», pero lamentablemente, «no estamos en condiciones de responsabilizarnos como Unión (...) esta es la paradoja más dramática de nuestra realidad europea» (p. 209).

Dentro de este mosaico de reflexiones que comentamos, se han dedicado teselas muy bien elaboradas a las relaciones de Europa con América Latina, «esta región

del mundo, tiene una trascendencia para la Unión Europea que no se comprende suficientemente» (p. 211); con Israel y el mundo islámico, donde recoge aquella famosa frase de Isaac Rabin «necesito darle seguridad al pueblo de Israel, y para eso tengo que firmar la paz con los palestinos» (p. 230); y con África, al decir «Europa, próspera en su dulce decadencia, tiene que reflexionar y decidir cuál va a ser su relación con África» (p. 232), como la natural configuración de un mundo globalizado y regionalizado donde la voz de Europa debe, necesariamente, armonizarse con las distintas regiones del planeta.

Finalmente, en el Epílogo, realiza una «Propuesta para Europa» señala que «en los momentos de crisis que estamos viviendo, si no existiera la Unión Europea, un buen número de líderes estarían buscando caminos para construir un espacio público compartido que nos hiciera más fuertes y eficaces para afrontarla» (p. 235). Ello me recuerda la conversación del europeo y el brahmán que fábula Voltaire en su *Diccionario filosófico*, (ed. Akal, 1985) «Pero, una vez más dijo el europeo (miembro del Consejo de Pondichéry). ¿Qué Estado elegiríais? El brahmán respondió: aquel en el que sólo se obedezcan las leyes. Es una vieja respuesta, dijo el consejero. Pero, no es tan mala, respondió el brahmán. ¿Dónde está ese país? Preguntó el consejero. El brahmán contestó: Es preciso buscarlo».

Pues, entonces, no sea que por egoísmo y estulticia, los europeos, nos olvidemos que tenemos la Unión Europea y sea preciso volver a buscarla...

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert  
Catedrático, Universidad de Jaén